

# ¿Para qué sirve la Política?

Por

**Benjamín Fernández Bogado**

Sumario. 1. Introducción. 2. Evitar la degradación democrática. 3. Hacia una nueva forma de entender la política. 4. Construir consensos y sumar sinergias. 5. Abandonar la permanente adolescencia. 6. Una democracia de capacidades.

## **1. Introducción**

El subcontinente latinoamericano ha visto a lo largo de casi 200 años distintos tipos de gobiernos que en nombre de los electores han dicho que “buscarían el bienestar del pueblo”. Los resultados los tenemos a la mano: 240 millones de pobres, miles de millones de dólares de cooperación desperdiciados, una educación desprovista de capacidades para enfrentar un milenio basado en “la riqueza del conocimiento” y una inseguridad rampante que ha llevado a colocar a la violencia como uno de los ejes centrales del debate sobre nuestras democracias y acaso, su mayor amenaza.

El resultado ha sido malo. Convengamos que podríamos haber dado mucho más que lo que dimos y que, detrás de esta frustración colectiva que lleva a muchos a buscar soluciones mesiánicas, autoritarias o populistas, se esconden cuestiones básicas de entender el poder y el gobierno para un propósito particular o grupal por un lado, y colectivo y amplio por el otro. América latina ha sido a lo largo de este tiempo un continente de oportunidades desperdiciadas, de entusiasmos no comprendidos por los electos e incapacidades de los electores de presionar para lograr resultados favorables que hagan que su elección haya valido la pena. La pregunta sobre ¿para qué acceder al poder sin ideas claras de cómo hacer que la ilusión de la gente se torne en realidades concretas? ¿Qué ha pasado a lo largo de estos años con los partidos políticos o con los líderes emergentes de organizaciones no gubernamentales, iglesias, cuarteles, gremios empresariales? ¿Qué ha fallado para que la democracia latinoamericana genere tan escaso entusiasmo, como lo dice el Informe del PNUD (2004)? Este libro aborda la desilusión de los demócratas o la audacia de grupos o partidos que han decidido operar en el vacío, el mismo que han dejado las agrupaciones políticas por no estar a la altura de las demandas de la gente.

Este camino que a veces parece más un laberinto necesita, sin embargo, ser entendido de manera más racional para impedir este círculo vicioso de frustraciones que ha llevado como resultado que el continente tenga hoy millones de seres humanos viviendo en otros países del mundo, con cuyos recursos financieros una parte importante de nuestras economías, pero que al mismo tiempo destruyen la base fundamental de cualquier sociedad: la familia. Esta notable contradicción de vivir de las remesas, por un lado, y asistir impávidos a una fragmentación social con altísimos costos económicos, políticos y sociales, por el otro, no es más que una muestra dolorosa de un continente que no ha podido, hasta la fecha, encontrar salidas creativas que acaben con la desigualdad social, la pobreza, la corrupción, el desgano y la falta de incentivos a la producción que rodea la vivencia cotidiana de millones.

## **2. Evitar la degradación democrática**

Es imperioso ver el proceso político que ha llevado a esta situación donde la democracia no pasa de ser un fetiche y que la receta de perder el tiempo haciendo lo que se pueda, mientras se distrae a la gente, figura como un mecanismo calcado en varias naciones, cuyos líderes han llegado con la idea de cambiar las cosas, pero que "siguen igual que antes", porque definitivamente no han tenido claro cuáles son los grandes desafíos que las sociedades nuestras anhelan de sus líderes o, sencillamente ante la complejidad de la tarea o la manera de conseguir adherencias se han desencantado por la fórmula tradicional de administrar la cosa pública que no lleva a otra cosa más que a la frustración y el desengaño populares.

La política en su ejercicio ha sido superada por la realidad. La vieja ideología no es suficiente para explicar la complejidad de los cambios, menos aun para hacerla funcionar desde el poder. Conceptos como izquierda o derecha no dicen nada en los tiempos en que un ex sindicalista metalúrgico como Lula encuentra en Bush un adherente estratégico en su desarrollo regional, mucho más allá de las diferencias ideológicas sobre las que se asentó para alcanzar el poder. O aquel otro mandatario, Hugo Chávez, que no pierde ocasión para criticar a los EE.UU. pero cumple a rajatabla la entrega del crudo a su principal cliente y enemigo (¿) para refinar el crudo pesado que extrae sin que encuentre nada incoherente entre el discurso político y la práctica económica. Hemos visto emerger en los últimos años, "socialistas humanistas" (j), izquierdistas pragmáticos, conservadores *aggiornados*, fascistas disfrazados de demócratas, grupos étnicos arribando al poder sobre antiguas reivindicaciones postergadas, ex guerrilleros administrando la nostalgia y el pasado, e incluso obispos que han sentido el llamado a hacer algo distinto, aunque al final todo terminara pareciéndose al comienzo. Todo en un relativismo postmodernista que parece tener paciencia y tolerancia infinita. Todos han pasado como una película vieja

en formato nuevo ante un pueblo que mira impávido como eso no representa al final: una mejor calidad de vida. En el continente se han probado varias recetas económicas, muchas de ellas han aumentado los niveles de inequidad social, desnudando la escasa inversión que en aéreas educativas o sociales podrían haber significado desarrollo para el país. Los políticos llegan al gobierno por lo general "para ser poder", para disfrutarlo, pero no tienen claro cómo y por qué hacer que la maquinaria funcione para los millones de esperanzados latinoamericanos que siguen anhelando que el continente mejore y deje de ser la referencia permanente de la esperanza, de la juventud y del eterno: mañana. Hemos visto la postergación reiterada de millones. Nunca hemos sido tan democráticos como ahora, pero jamás los niveles de pobreza han sumado tanto como los tiempos actuales. Esto representa claramente la calificación final que muchos le dan a un sistema político que se dice del pueblo. Tenemos una democracia hambrienta, migrante y dolida. Vemos que la política no funciona para la gente, pero sí para los operadores políticos de ocasión.

Es evidente que necesitamos un golpe de timón a la democracia que tenemos. Aumentar su densidad, su capacidad para ver los problemas y abordar sus soluciones, huir de las soluciones facilistas y mentirosas que hacen que los problemas en el futuro sean todavía aun mayores y las soluciones: más complejas y difíciles. Es imperioso construir una democracia para la gente, eso lo dicen todos, pero de ahí a la realidad hay un largo trecho. El político, por lo general, no cree en la gente, como ella no cree en los políticos, el círculo vicioso se establece y se fortalece. No hay por lo tanto posibilidad de crecer y desarrollarse en un ambiente de desconfianza y de dudas que solo sirve para incrementar los niveles de frustración y descontento. Muchos electores quieren el poder por las mismas razones que aquellos que lo desean mantener. Desean empleo y en ese nombre les importa poco la capacidad o incapacidad que tengan. Se creen con derecho a pedir que los cargos le sean entregados como botín porque creen que han luchado por ese único objetivo.

### **3. Hacia una nueva forma de entender la política**

No se ha podido construir la imagen de una democracia incluyente, para todos, más allá de lo partidario. De lo estrecho que implica hoy para la complejidad de los problemas encontrar salidas que funcionen. Esta angustia democrática ha llevado a una ansiedad democrática que casi siempre culmina en frustración. La profundidad de los cambios no puede ser entendida con los parámetros de antes y menos con la concepción de la política de siempre. Esta es una nueva realidad, agravada es cierto, por no haber entendido la razón de los problemas y por no haber pensado en términos estratégicos como resolverlos. Ahí están siempre la pobreza extrema de millones, el crecimiento poblacional descontrolado, los recursos naturales y humanos desperdiciados o

degradados; las instituciones convertidas en referencias inermes de personas desprovistas de capacidad, estímulo ni recursos. Ahí están nuestras democracias en el siglo del conocimiento, mendigado como Argentina que se les pague 75 mil dólares por los cerebros que fueron llevados por otros países porque en el suyo no tenían lugar, salario ni futuro dignos. Millones de funcionarios públicos en nuestro continente se preguntan para qué servir a los que no tienen conciencia de ser servido. Y del otro lado lo saben muchos que los servidores del Estado no son más que un grupo informe de zombies e inempleables que han hecho del Estado un depósito de seres humanos sin capacidad ni conocimiento. Es lamentable pero el Estado concebido como la organización jurídica más compleja y elevada de la nación no puede, no quiere ni desea transformarse o transformar. Cada gobierno que llega le echa una mano de pintura para mostrar que algo ha hecho, para demostrar que no se quiere hacer o no se sabe qué hacer. Es importante abordar si las limitaciones tienen que ver con el *know how* (saber hacer) o con la capacidad instalada en los gobiernos latinoamericanos. ¿Es una cuestión de recursos muy pobres y limitados o es escasa capacidad y motivación para hacer que ellos trabajen en función de metas y objetivos?

La cuestión no es mirar solo desde el prisma de los electores, muchos de ellos ocupados en sobrevivir ante unos cambios económicos tan profundos y difíciles de adaptarse que han terminado por hundirlo en la desazón y el pesimismo, sino es imperioso mirarlo desde la perspectiva de los mandantes, de los que fueron elegidos para hacer o para gobernar. ¿Tienen conciencia de ello? ¿Comprenden la urgencia de su tiempo? ¿O llegan para demostrar que algo no funciona bien, pero cuando se trata de plantear una solución, terminan repitiendo los mismos vicios y las mismas fórmulas que habían condenado? ¿Es una cuestión de método o sistema? ¿Dónde está el problema de estas democracias frágiles que pueden acabar con una manifestación callejera y un par de muertos? ¿Por qué no existe voluntad de transformar las instituciones en pilares de una construcción democrática que sirva a la gente? ¿Por qué creemos tanto en las personas y poco en las instituciones? Estas preguntas nos han venido repitiendo a lo largo de estos años al observar las profundas transformaciones que se han operado en el continente y la notable chapucería con que muchas veces se han abordado los deseos de la gente con la realidad cotidiana de administrar un Estado descompuesto, frágil y desconocido, incluso para quienes lo administran circunstancialmente.

La historia del continente es una repetición de fracasos conocidos, rectificaciones dolorosas, persecución, muerte y por sobre todo, como toda historia: pasado. Vivimos buscando ser fieles a esa historia llena de odios y rencores que cobrar, cuando uno alcanza el poder. No colocamos la historia en la perspectiva del porvenir, en "hacer historia", en rectificar aquella página del

pasado que no funcionó ni para los que lo administraron circunstancialmente y menos para los que padecieron su gobierno. Historia es hoy proyección hacia el futuro, a dejar algo que se recuerde como basamento de cosas nuevas que funcionaron, que sirvieron, que modificaron pautas de conducta, haciendo que el gobierno sea algo que sirva a la gente. La mayoría de nuestros líderes han pasado a la historia por los pasillos de los tribunales o por la peor de las condenas: el exilio, al que se vieron forzados a escoger ante el desprecio y la condena de sus compatriotas. Es esa otra historia, la que cabría reivindicar, la que a veces tarda en reconocerse en un continente desconfiando de los exitosos y sus logros, avaro en reconocerlos y solo esperando que la muerte o el olvido circunstancial sirvan a alguien para recordarlo o subirse sobre sus hombros para reiterar sus obras y su visión. Necesitamos estadistas con visión y no solo políticos de ocasión. De estos está llena la historia del continente, los que llegan porque los amigos creen que es el mejor para "hacer poder", los que administran por un tiempo sabiendo que dejarán las cosas peor que cuando las recibieron. Esos no tienen conciencia histórica, esos no pueden entender la complejidad de hacer historia que sirva, que sea útil para una generación nueva que desee administrar el bien colectivo para provecho de todos, incluso de aquellos que puedan criticarlo o denostarlo en su momento.

#### **4. Construir consensos y sumar sinergias**

Reducir el concepto del gobernar al mandar es una debilidad. Gobernar es buscar el consenso a través del diálogo; aquel es su fase más elevada, por sobre la reducida idea del mandar, del ordenar, del creer que lo que uno conoce es suficiente para imponer desde el poder el destino de un país en un momento circunstancial. La antigua tradición autoritaria de nuestros países reduce la idea del gobierno a la idea del caudillo que, porque todo lo sabe, debe ser el que administre la cosa pública, dejando a los colaboradores la marginal tarea de apoyarlo, incluso cuando se sabe lo equivocados que están. ¿Cuántas malas acciones que afectaron a millones se han tomado en estas circunstancias? Cuando nadie pudo decirle al que mandaba, no al que gobernaba, que lo estaba haciendo mal y que no había tenido la suficiente fortaleza para persuadirlo de obrar de forma diferente. Esto deviene de la idea de los colaboradores escogidos como cómplices y no como parte de un equipo con una idea clara de lo que cabría hacer y, por sobre todo, con un respeto hacia el conocimiento y el talento de los colaboradores.

Cuando se llega, lo primero que se hace para ganar tiempo mientras se pergeña alguna idea de gobierno es buscar pretextos que justifiquen la ausencia de un plan una vez en el gobierno. La gente quiere que se castigue al que se fue. Eso implica acusaciones y procesos judiciales, desafueros, persecuciones y buscar, en un plazo de tres meses, hacer entender a la gente que la herencia

recibida es tan pesada que muy difícilmente podrán cambiar las cosas. O algo todavía más ingenuo: llegar y reconocer que no era ese el gobierno que pensaban administrar con las consiguientes críticas a la política y a sus operadores de ocasión. Los pretextos pueden ser de todo tipo: psicológicos, sociológicos, antropológicos, culturales, internacionales, climáticos, geográficos e históricos. Todo cabe como pretexto a la hora de buscar encontrar algo que funcione, mientras el tiempo comienza a correr en contra de quien tiene el poder en ese momento. Claramente se llegó sin saber qué hacer y lo que importa es darle una relevancia mayor a los pretextos, mientras se buscan acciones que puedan demostrar que se está gobernando.

Casi siempre los estrategas en campaña buscan que el candidato escoja un adversario interno y externo. Ahí en ese espacio amplio fijará lo que después algunos calificarán de izquierda o de derecha, en función de quién se admire o se odie. La cuestión también sirve para ganar tiempo, para ocuparse de alguien antes que de algo. Es claramente un recurso recurrente en la mayoría de los gobiernos latinoamericanos. Se llega al poder contra alguien y se percibe en el poder que se gobierna contra algo o contra algunos, casi nunca en favor de algo o de muchos. La cuestión distractiva da resultados porque la persona escogida como adversario tiene suficientes denostadores que avalan la manera de gobernar de quien tiene el poder en el momento. Ya llegará el momento en que le pase lo mismo a quien ahora está recurriendo a ese ardid, que generalmente consigue que sus adherentes se encolumnen tras él o ella, en los temas locales o internacionales. Sirve, además, el recurso para cohesionar las bases, para hacerlas más sólidas sobre la base de la agresión recibida o las posibles consecuencias que su toma de posición podría tener a nivel interno. El escogido internacionalmente sirve, además, para explotar la vena nacionalista con lo que une el factor histórico-emocional que logra unir a las fuerzas internas sobre un enemigo que no puede responder más que sobre lo acontecido en un tiempo pasado. Esta discusión hace ganar tiempo, pero hacer perder valiosos momentos para hacer lo que se debe desde el gobierno. Hay que huir de esa tentación maniquea que hace que tantos gobernantes no logren hacer lo que debieran por estar envueltos en esos recursos tan remanidos entre nuestros gobernantes.

Una característica que se suma a la inacción gubernamental para mejorar las condiciones de vida de la gente en nuestro continente es estar siempre en campaña contra algo o contra alguien. Recurrir a los plebiscitos y referéndums constituye una variante que da muchos días, meses o años para que gobiernos que no saben lo que deben hacer, encuentren mecanismos que permitan que la distracción se imponga sobre la tarea de colocarse a la tarea de gobernar con eficacia desde el gobierno. Hay algunos como el de Chávez en Venezuela que ha utilizado el recurso de manera tan reiterada que en una de las últimas

le privaron de cambiar un artículo constitucional que lo haría reelegible permanentemente, pero que está resuelto a volver a imponer su voluntad una y otra vez. O cuando Duarte Frutos en el Paraguay, mediante un mecanismo judicial, quiso que la Corte fallara en torno de su reelegibilidad y terminó convirtiendo su acción en plataforma de lanzamiento del presidente electo, un obispo que tuvo el suficiente *timing* de estar en el lugar y tiempo correctos para galvanizar la ira popular contra un gobierno que había hecho de la campaña permanente un mecanismo de gobernar. Casi siempre esta manera de actuar de los gobiernos encubre el desconocimiento ante los retos que plantea la administración de un Estado y conociendo la facilidad con que canalizar la pasión de los latinoamericanos están en permanente campaña, ya que lo otro les resulta aburrido y poco emocionante. El vértigo electoral ha llevado a que muchos países agudizaran la corrupción y la pobreza antes que enfrentarlas con una administración eficaz y clara.

Una de las tendencias reiteradas en el comportamiento de nuestros políticos es evitar ser impopulares circunstancialmente. Como llegan a caballo de contrastar otros gobiernos ineficaces, no quieren enervar a la gente con una idea de cambio que en principio puede ser impopular, pero que a la larga reeditará en grandes beneficios para el país. Se teme la impopularidad, aunque la sociedad estaría dispuesta a apoyar a un gobierno cuyas ideas de cambio y transformación están dirigidas al bien común y que hayan sido persuadidas por los líderes políticos para lograrlas. Las encuestas que miden la popularidad o impopularidad se convierten en la base estructural de la toma de decisiones. Se las teme o se las usa fabricándolas para falso beneficio del gobierno de turno, convirtiéndose a la larga en un mecanismo que impide tomar decisiones a priori impopulares, pero beneficiosas para el país. Nadie quiere dejar de ser impopular en el corto plazo y popular en el largo plazo... lo que demuestra la profundidad de campo en la visión de nuestros líderes políticos.

La tarea de los liderazgos latinoamericanos acostumbrados a extraer, a ser "democracias extractivas" como podríamos llamarlas a algunas, ha dejado la impresión de que cuando un líder da algo hay que tomarlo como sea porque generalmente es tan poco visible lo que dan que muchos se contentan con ese algo. Ese algo tiene diferentes formas, en algunos países se palia el hambre de los niños con "un vaso de leche" que no contiene para nada los nutrientes o carencias alimenticias acumuladas por años. Pero que queda bien porque con ello se está haciendo algo contra el hambre y la desnutrición. Algo es lo que domina la acción política y muchas veces algunos creen que eso es todo lo que la democracia puede hacer por ellos. Los marginales, que cada vez suman más, encuentran por ello que vender o alquilar sus conciencias en tiempos electores es absolutamente funcional a un gobierno o partido que saben continuarán haciendo lo mismo... como siempre lo hicieron. Esa idea de

democracia, de algo aunque pequeño, está profundamente metida en el sentido de millones de latinoamericanos que suelen ser víctimas de líderes populistas que afirman con ello que están haciendo “mucho” en favor de los desposeídos y marginados de toda la vida. No les importa presumir de ese algo tampoco a los políticos de turno, entienden que eso es más trascendente que hacer la gran política que beneficie a más largo plazo y que saque a esos sectores de la marginalidad en la que viven. La cuestión es hacer “algo” o dar “algo” como si la democracia fuera simplemente el acto prebendario de ganarse el apoyo de alguien con mendrugos que caen de la mesa del poder. De nuevo, la baja estima de los líderes hacia los que menos tienen y la escasa voluntad de cambiar sus destinos con políticas de mayor impacto los llevan a reducir la administración de la cosa pública a la entrega de algo para millones que creen que eso es democracia.

## **5. Abandonar la permanente adolescencia**

Una de las maneras instaladas en nuestras democracias es culpar del fracaso del sistema a las instituciones existentes. Así un presidente afirmando que “pulverizará la Justicia” encuentra muchos adherentes que lo apoyan sin comprender la gravedad que esa afirmación implica para la separación de poderes, considerado un elemento clave de la democracia. La cuestión está en culpar del fracaso a un sector del mismo gobierno. Casi siempre esa idea de fustigar encubre un interés de someter a las demás instituciones democráticas a su voluntad, evitando que ellas tengan poder de contralor de las acciones del Ejecutivo. Ocurre a veces en el Congreso o en el poder judicial algunas formas de exageración y mal uso del poder, pero es más frecuente en el Ejecutivo, que, por lo general, lo usa de manera reiterada y constante como mecanismo de gobernar contra las instituciones que por su carácter de inanimadas terminan galvanizando el odio de un sector del país. En el fondo destruir instituciones, es el mejor camino para odiar las democracias. En un terreno de didáctica cívica tan pobre, muchos creen que sometiéndolas por la voluntad de una persona se logra el objetivo de hacer a la democracia más sólida, cuando en realidad es completamente opuesto en sus resultados. En estructuras tan injustas, la institución judicial generalmente se convierte en la referencia más fácil y popular de atacar. Lo que no dicen es que los magistrados son electos por mecanismos políticos y que no les interesa ni que sean justos, probos ni independientes. Sometidos a la voluntad política se transforman en mecanismos que solo aumentan el nivel de rechazo e impopularidad de la democracia como sistema político.

La Constitución es el fetiche preferido de los gobiernos que llegan al poder o que quieren alcanzarlo. Cambiarla se convierte en un tema nacional que generalmente ocupa gran parte de su gestión. Habitualmente se llega a la peregrina

conclusión de que, con un par de nuevos artículos, la eliminación de otros y la inclusión de algunos que funcionaron muy bien en otros países, la cosa está resuelta; lo cual es francamente un truco reiterado que como tal ni entretiene ni aclara nada a un público interesado en que el Estado funcione para su beneficio, no para entretener ni distraer a los actores políticos carentes de ideas y de compromisos de hacer que la democracia trabaje para beneficio de muchos. Los casos de Chile o España que funcionaron con constituciones autoritarias no es más que una prueba de que cambiar la Constitución de manera reiterada no es en fondo más que un mecanismo que no trasciende más allá de la falta de originalidad de los administradores de ocasión. Todo presidente que llega encuentra que hay que cambiar la Constitución, que es mejor no hacerla un documento vivo que trascienda en las decisiones de jueces que no les teman a los políticos. La cuestión es darle un valor de fetiche, por el que se cree que frotándola o cambiando algunos artículos hará mágicamente funcionar un país mejor. Lo que no se dan cuenta con ese procedimiento es del valioso tiempo en que dejan de hacer lo que las urgencias de la gente reclaman y cómo hundan a la democracia en el descrédito de muchos, que la vuelven poco entusiasmante para participar. Cambiar la Constitución es una clarinada de los gobiernos que no saben lo que deben hacer y es una búsqueda vana de encontrar en la modificación circunstancial de la norma algo que generalmente ocupa mucho tiempo en la discusión política, pero tiene escaso valor para la vida cotidiana de la gente. Se pueden encontrar consensos para modificar algunas cuestiones, pero no es de recibo hacer del cambio de la Constitución todo un manual de gobierno porque eso encubre en realidad la escasa dimensión del concepto de gobernar.

Una manera también reiterada de perder el tiempo es buscar un chivo expiatorio que, como decía el escritor argentino José Ignacio García Hamilton, debe ser declarado el mejor amigo de un latinoamericano debido a la permanente necesidad de buscarlo para que justifique muchas cosas que no se quieren hacer porque se desconoce o porque el gobierno no quiere llamar por orgullo o desprecio a aquellos que sí saben cómo aportar ideas para cambiar y hacer funcionar la máquina en dirección a los cambios que se requieren. El chivo expiatorio puede ser también local o internacional. A veces son organismos multilaterales, otras veces una persona determinada, a veces la misma geografía y el pasado histórico que condenó a un país a no tener costas marinas, como si eso importara a países tan prósperos como Suiza. El chivo expiatorio es el anterior gobierno, el partido que estuvo antes, la historia de la que siempre somos víctimas y nunca aprendemos, valoramos o nos proyectamos a partir de ella. La cuestión es buscar uno y explotarlo de la manera más reiterada posible. Lo que se busca es encontrar en ese mecanismo algo que disimule lo que no se sabe cómo hacer o lo que no se quiere hacer, aunque sea urgente y necesario que se lo haga.

Generalmente nuestras democracias desilusionantes han llevado a que muchas veces sean más costosas. En México cuesta más caro ser presidente que en su vecino EE.UU., a pesar de que su economía es varias veces menor y su población tres veces inferior. Pero cada votante cuesta mucho por la cantidad de dinero que hay que invertir en persuadirlo o hacerlo parte de un proyecto electoral determinado. Esta situación lleva a que los políticos concluyan que el pueblo se vende o se alquila y que alguien con esas características no es digno de encomio ni de respeto. En conclusión, cuando alcanzan el poder, lisonjean a ese pueblo en público, pero lo condenan en privado. No le tienen respeto y solo admiran sus acciones heroicas, a las que repelen generalmente con la fuerza. Los que sobreviven huelgas, cárceles o exilios son los que llegan al poder para volver a reiniciar lo mismo que aquello que les había costado padecimientos y dolores. Lo que no se intuye o no se racionaliza es que el sentido del servicio, que la política implica, parte de un principio de consideración superior al valor de lo que se administra. Así si un político administra algo en provecho del pueblo, debe valor al sujeto de su acción y no condenarlo ni menospreciarlo como en privado muchas veces lo hace. Se llena la boca de elogios en público pero no se compadece en privado con esa acción y, por lo general, su acción política no trasciende más allá que la entrega de algunas cosas en forma de prebendas con lo que lo hunde en el descrédito y la humillación aun mayores.

El presidente que quiere caerle bien a la gente sin importarles su costo generalmente se yergue cínicamente en crítico de su propia estructura. Así degrada en público a sus colaboradores, lo hunde en el descrédito o los humilla con lo que cree inútilmente que él o ella hace todo lo posible para sacar el país adelante, pero son sus propios colaboradores los que conspiran contra su noble acción. En realidad lo que proyecta con eso es una notable carencia de liderazgo y un cinismo reiterado que hunde más al sistema político llamado democracia. Antes que recibir las críticas de los opositores hacia su gabinete o su gestión, se adelanta criticando a sus colaboradores, quienes -previa humillación- son despedidos y colocados como los causantes del mal gobierno que percibe la gente. Esto que no es infrecuente en nuestras democracias, las acerca más al delirio que a la racionalidad, pero parece sacado de un repetido y gastado manual de procedimientos que no pocos gobiernos vienen utilizando de manera frecuente.

## **6. Una democracia de capacidades**

Una conclusión lógica de esta manera de gobernar es reducir la actividad administrativa solo al presidente. Él conoce todo y él recibe los elogios, pero él personalmente, no los colaboradores, que -al no ser estimulados- terminan saboteando de manera imperceptible pero constante la labor del gobierno. Gran

parte de la gestión de gobierno se pasa en luchas internas y en administración de los agravios con los consiguientes resquemores y desconfianzas que ello supone. Así la tarea de administrar la cosa pública es una cuestión solo del presidente, y las fallas y costos de las malas acciones son trasladadas a colaboradores cada vez más abyectos, dispuestos a recibir los peores maltratos en aras de mantener la posición de ministro o de alto funcionario con las ventajas que los mismos suponen, pero en claro detrimento de la calidad de la gestión democrática que muchos esperan esté a la altura de las urgencias que se requieren. Por este camino, las democracias pierden el carácter de funcionalidad y eficacia para caer en el descrédito de mandatarios que confunden el mandato con la acción personalista de administrar circunstancialmente el poder.

Una manera tonta de reducir la tarea es creerse imprescindible. Muchos presidentes creen que, si ellos no estuvieran en el cargo, algo pasaría inevitablemente mal para muchos. Así la cuestión se reduce a una confusión tan grande que el presidente administra la cosa pública como un nivel de fatalismo exasperante que por lo general crea en su entorno y en su persona niveles de confusión rayanos en el delirio. La idea de las reelecciones sucesivas, la creencia de que sin él o ella el gobierno no funciona, no son más que muestras de cómo el desatino y la confusión pueden generar en el gobierno semejante grado de confusión que afecta severamente la calidad de gestión de la democracia en su conjunto.

En esa reiteración de errores lo que suele ocurrir es que los gobiernos terminan justamente como no habrían querido terminar: en la desgracia o el oprobio y no como la causa original que les dio origen y legitimidad a su mandato. Casi como una tragedia griega: primero todos saben lo que se viene, después nadie quiere que eso pase y al final todos hacen algo para que ocurra aquello que no deseaban que les ocurriera. Esta suele ser la manera habitual de presentarse, en la acción de gobernar, los errores y faltas en las que incurren gobiernos que no han sabido percibir la urgencia del mandato y la necesidad de hacer las cosas de una manera eficaz, que redunde en beneficio de apuntalar la calidad de la democracia, hoy severamente cuestionada por su ineficacia. Los gobernantes democráticos llegan para combatir lo que el anterior gobierno había hecho mal, pero caen en una sinergia que los lleva a reiterar machacantemente los mismos errores que habían dado origen a su elección.

“¿Y ahora qué?” diría el gobernante de ocasión. Con todo lo afirmado, con lo desconocido en términos de hacer frente a demandas insatisfechas, ilusiones construidas, ambiciones toleradas, esperanzas contenidas. Llega un gobierno a la necesidad de racionalizar su gestión con una visión clara y con gente acorde con lo que se pretende. No al revés, no buscar personas para los cargos y las propuestas. Hay que buscar en función de lo que se pretende, estimularlos a ser

parte de un equipo cuya mística esté comprometida con ideales superiores. Recuperar la idea del servicio para la política, a la que habría que tomar como parte de una tarea que uno realiza en provecho de otros por una cuestión extendida de su capacidad individual o egoísta. Para eso se necesita que el mandatario entienda esa necesidad y no se deje llevar con el boato que rodea al poder, el dinero que implica administrar un país y no sienta la tentación de querer entender que la única manera en que se administra un país es como siempre se ha hecho: con corrupción y con incapacidad.

Lo que habría que entender muy bien es la urgencia de la hora, nuestros países no aguantan más tanta pobreza y corrupción, el sistema democrático se vuelve insostenible en este ambiente y la degradación de ella significa menos seguridad para ninguno. La violencia es una de sus formas de manifestación pero también lo son la migración, el suicidio y la apatía. Esos son signos claros de democracia que no están trabajando para la gente; eso también explica por qué tantos presidentes enjuiciados. Algunos presos pero la gran mayoría hundidos en el descrédito de la gente por no haber hecho lo que debieran en su momento y con la gente que se requería.

Es tan difícil para el político rechazar a los necios o escuchar aquello que no le gusta admitir, pero es tan necesario para que la democracia tenga futuro entre nosotros y no tengamos que empezar de nuevo el ciclo de regímenes autoritarios que nos han dejado como herencia los líderes que tenemos.

“¿Y ahora qué?” debe ser la toma de posición racional ante hechos que sacan todos los días los cimientos de nuestras democracias tan confundidas como inciertas. Es la hora de aplicar capacidad con convicción y mística. Es el tiempo de pedir a nuestros líderes dejar atrás el manual con el que se ha venido gobernando por años o siglos y hoy requieren un cambio sincero y real. Una transformación que produzca al interior de nuestros pueblos una nueva llamarada de optimismo y de entusiasmo. Ese es el camino que nos debemos después de tantos años de padecer desgobiernos y frustraciones. América latina no puede darse el lujo de repetir sus errores sin esperar que muchos mueran, emigren o se frustren por no encontrar un futuro en este continente al que siempre se ha llamado irónicamente: el del futuro.